

se sustituye en el lugar de la ortodoxia y el Magisterio de la Iglesia es rechazado por constituir una autoridad docente y ser instrumento de invasión cultural. Como advierte el P. Bandera, «la fe queda no sólo desideologizada, sino también privada de todo contenido propio. Sólo se mantiene lo que es útil para transformar el mundo, previa conversión al oprimido y a las clases desposeídas» (pág. 176).

Tras todas las precisiones que el P. Bandera va realizando respecto a la ideología, los fines y el método de Paulo Freire, se comprende perfectamente que se trata de una verdadera manipulación de las conciencias y de la doctrina y la fe católicas. Tal como indica, «la opción socialista de tipo netamente marxista informa totalmente el método de Freire, y aparece por todas partes cuando se trata de aplicar ese método a la interpretación del cristianismo, cualquiera que sea la verdad o tema concreto de que se trate. Teóricamente se sigue afirmando que la fe conserva su valor y su primacía; pero después, cuando se trata de precisar, se dice y se repite bajo todas las formas posibles que la comprensión de esa fe sólo es posible sometiéndola al método de Paulo Freire que descansa como en principio fundamental en la teoría de la praxis transformadora del mundo. De acuerdo con este principio sólo es admisible lo que conduce a la transformación radical de las estructuras del mundo y en la medida que la favorece» (pág. 183-184).

Por último, el P. Bandera dedica el capítulo final —que actúa como contraste definitivo a las ideas de Freire—, a señalar la doctrina de la Iglesia respecto a su auténtico mensaje de liberación, al rechazo de la violencia, a los problemas del hombre, a la política y a la opción por los pobres. Con ello, la incompatibilidad entre las ideas de Freire y la doctrina de la Iglesia —que ya había sido indicada a lo largo de toda la obra—, queda indiscutiblemente establecida.

En fin, nos encontramos ante un buen estudio de la ideología y la educación liberadora de Paulo Freire, que sería deseable se difundiera con profusión, sobre todo en Hispanoamérica donde la influencia de estas ideas es mayor, para contrarrestar la apologética freireana, que hace del hombre y de la educación un instrumento de la revolución marxista, al tiempo que constituye un impedimento para la difusión de la fe y la doctrina católicas.

ESTANISLAO CANTERO

Una conferencia de José María Mardones: ESPERANZA CRISTIANA Y UTOPIAS INTRAHISTORICAS (1)

Nos hallamos ante un trabajo que trata de ofrecer un criterio para la orientación de la actitud de los cristianos ante lo tem-

(1) Texto de la conferencia del mismo título pronunciada por José María Mardones, Doctor en Teología y Sociología (Deusto) y actualmente

poral. Una pretensión ambiciosa, servida por una pluma documentada y hábil, como es la de José M.^a Mardones, ya curtido en arriesgadas incursiones por el peligroso terreno de la justificación teórica de ese «compromiso» de los cristianos con los movimientos «vanguardistas». El autor mismo explica dicho compromiso como «la necesidad de creyentes sumergidos en las aguas turbias de los movimientos sociales, políticos, científicos, culturales... de la época», lo cual nos absuelve de mayores comentarios.

El profesor Mardones es, además, lo bastante conocido en el mundo intelectual español como para ahorrarnos una descripción detallada de su filiación político-religiosa, evidentemente progresista. Su incursión en el campo escatológico con el tema fundamental de la esperanza sí merece, en cambio, una breve reflexión crítica por parte de quienes hemos perfilado esa virtud teológica fundamental en el legado valiosísimo del P. Ramière, cuya obra *Las esperanzas de la Iglesia* fue, allá por el año 1864, la mejor y muy anticipada réplica a cuanto hoy nos viene a decir el profesor Mardones.

El trabajo está dividido en tres partes, precedidas de una introducción y cerradas con una conclusión. En la primera, el autor desarrolla una serie de reflexiones sobre la esperanza cristiana, construidas con bastante rigor, en las que se percibe claramente la influencia —armonizada con dificultad—, de las dos ópticas fundamentales que confluyen en el acervo de Mardones: La óptica teológica de regusto jesuístico que proporciona el entramado cristiano básico —subyacente tímidamente a lo largo del trabajo—, aunque fuertemente adulterada con retazos del pensamiento de teólogos «originales» como Rahner, y la óptica sociológica acumulada a través de un enjundioso itinerario por el pensamiento europeo. Afloran continuamente las citas de Adorno, Bloch, Moltmann y Metz que, lejos de enriquecer la trayectoria del pensamiento del autor, son a nuestro juicio digresiones innecesarias. El enfoque desde el que se aborda la esperanza es más el de un cristianismo algo indeterminado («evangélico») que el que resultaría de una consciente y humilde aproximación hecha desde el cuerpo entrañable de la Iglesia real. Y ahí radica el síntoma no menos importante de confusionismo... A pesar de ello, estas primeras reflexiones sobre la esperanza concluyen con algunas afirmaciones interesantes: «La esperanza cristiana exige una base histórica para ser creíble. De lo contrario su promesa de una justicia universal en la resurrección de los muertos será calificada, con razón, de opio del pueblo». Nada que objetar —salvo, quizá, poner en duda el peso específico de tales calificaciones, dado su origen—, pero sí constatamos que esa

profesor de sociología en la Universidad del País Vasco, de Bilbao, el 16 de noviembre de 1983 en el colegio mayor Chaminade, y publicada con el núm. 1 en los Cuadernos del Curso de Escatología publicados con el patrocinio de la Fundación Santa María.

«base histórica» que el autor requiere para la esperanza es, precisamente, la que trata a lo largo del trabajo de desdibujar, vaciándola de su auténtico contenido de realidades históricas sobrenaturalizadas por la operatividad cotidiana de la Gracia.

En la segunda parte, en la que confronta utopía y esperanza, Mardones se interna ya, a paso de carga, en el bosque oscuro de una dialéctica plagada de contradicciones. En su afán por dejar bien sentado que no cree que al cristiano se le ofrezca otra posibilidad, para concretar su esperanza en la historia, que «mediar su esperanza en cada situación histórico-social», llega a buscar apoyo en la dialéctica negativa de la escuela crítica de Frankfurt (en Horkheimer): «Quiere decir esto, que la justicia, la fraternidad que esperamos y ansiamos no las podemos señalar con el dedo e indicar positivamente aquí o allí, "en eso o en aquello" se realizan, sino más bien, las barruntamos y se nos muestran al superar las injusticias, odios o violencias de nuestra sociedad humana concreta». «Lo positivo es imaginado siempre a partir de la negación de lo negativo...». Semejante concepción es difícilmente casable —por no decir otra cosa— con cualquier construcción que se pretenda inspirada en el Evangelio. Por el contrario, su negativismo intrínseco la hace sospechosamente cercana a un análisis de la realidad para el que el odio estuviese en el origen de la explotación de contradicciones... Y ello explica, a su vez, el machacón empeño por dejar bien sentado que el cristianismo no posee respuestas concretas para las aspiraciones temporales de los hombres, lo que implica, ni más ni menos, que la negación de toda la experiencia histórica cristiana de veinte siglos, de la pastoral socio-política de la Iglesia, y del hecho trascendente de que la Gracia supone y perfecciona la realidad natural y asume la Verdad humana en todas sus dimensiones. Como se ve, el empeño de Mardones tiene «mucha miga...».

Tales teorías tenían que chocar, necesariamente, con el pensamiento escatológico de Juan Pablo II. ¡El gran escollo! Porque si «el peligro que corremos los cristianos» es creer que tenemos «una respuesta propia para los problemas de nuestro mundo», na cabe duda que el actual Pontífice «ha caído de lleno» en tal «peligro»... Por ello, Mardones se lamenta de que «en los discursos Papales hacia Occidente se perciban llamadas a una reunificación europea bajo el signo de la Cruz...». Y se escandaliza porque «volvemos hacia el intento de tal sociedad cristiana en el medioevo, sus tristes resultados históricos debieran escarmentarnos —asegura Mardones—, de tal aventura, si es que no nos convencen los argumentos que nos indican tal ausencia de modelos sociales en el mensaje de Jesús...».

Mucho más se escandalizaría el docto autor de este trabajo si profundizara un poco más en el pensamiento del actual Vicario de Cristo. Encontraría en él, con nitidez, la llamada apremiante a la utilización de tales modelos sociales que según el no exis-

ten. Tropezaría también con advertencias tan claras como la realizada por el Papa en su mensaje de Navidad de 1982: «El diálogo debe realizarse con los hombres, no con las ideologías que, a pesar de sus declaraciones, se oponen a la dignidad de la persona humana, a sus justas aspiraciones según los sabios principios de la razón, de la ley natural y eterna —ideologías que ven en la lucha el motor de la historia, en la fuerza la fuente del derecho—, pues el diálogo resulta entonces difícil o estéril, y si continúa, es una realidad superficial y falseada, y se hace tan difícil que en la práctica resulta imposible».

Y en el memorable libro de Karol Wojtila, *Signo de Contradicción*, encontraría nuestro conferenciante material suficiente para revisar y deshacer, una a una, la mayor parte de las ideas sobre las esperanzas cristianas que sostiene. Esto, claro está, suponiendo que la doctrina escatológica de ese polaco le parezca suficientemente autorizada.

JUAN CARLOS GARCÍA DE POLAVIEJA.

General Ramón Salas Larrazábal: LOS FUSILADOS EN NAVARRA EN LA GUERRA DE 1936 (*)

El General Salas Larrazábal, uno de los más prestigiosos historiadores de cuanto haga referencia a la Cruzada española o guerra de liberación de España, ha realizado este trabajo.

Las titulaciones de prensa y las amplias reseñas del libro pueden llevar al ánimo de los lectores a un confucionismo que sólo por ser estadístico («La estadística —decía Unamuno— es el arte de mentir con números») habríamos de considerar veraz. Quiero decir, que algunos titulares —por ejemplo, en *Diario de Navarra*, del 28 de octubre,— expresan, sin matización alguna: «Según un estudio del General Salas Larrazábal, en el territorio foral se mató a cerca de 1.100 personas». Lo cual estadísticamente es cierto, pero ha de parangonarse con otros muchos datos aportados por el ilustre historiador militar.

Precisamente, en la «presentación» del libro por las propias Comisiones de navarros que lo editaron, se pone de manifiesto aquel parangón, sin el cual pudiera parecer que la represión en la Navarra nacional alcanzó cotas no superadas. Y eso que muchos de los partidos políticos al uso —PSOE, PNV, HB— han venido repitiendo con contumacia, eso es lo que el libro de Salas Larrazábal rebate con hechos y datos irrefutables a partir de ahora. Dentro, pues, de la limitación humana en la búsqueda de la verdad, este trabajo representa, en la materia que constituye su objeto, toda la verdad.

(*) Ed. «Comisiones de Navarros de Madrid y Sevilla», Industrias Gráficas España, S. L., Madrid, 1983.